

Nieve de mango

PAUL MEDRANO



Nieve de mango

PAUL MEDRANO



Obra ganadora del xvii Premio Estatal de Cuento y Poesía
ftaría Luisa Ocampo 2016, en el género de cuento, convocado
por el Gobierno del Estado de Guerrero, a través de la Secretaría
de Cultura, y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

PAUL MEDRANO

NIEVE DE MANGO

Diseño de portada e interiores
CARLOS ADAMPOL GALINDO

DR © CL EDITORIAL PRAXIS, S.A. DE C.V.
Vértiz 185-000, col. Doctores, del. Cuauhtémoc,
06720, México, DF, telefax 57 61 94 13
www.editorialpraxis.com
Primera edición, 2016
ISBN

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, archivada o transmitida, en cualquier sistema —electrónico, mecánico, de fotoreproducción, de almacenamiento en memoria o cualquier otro—, sin hacerse acreedor a las sanciones establecidas en las leyes, salvo con el permiso escrito del titular del *copyright*. Las características tipográficas, de composición, diseño, corrección, formato, son propiedad del editor.

Para Viri, Fabio y Ayax

El código Chalino

I

EL SILLÓN RECHINA a cada vuelta sobre su eje. Lo sé porque los demás voltean a verme de cuando en cuando, como si dijeran: «Pinche gordo pendejo, ya estate quieto». Pero eso me viene flojo. Lo que realmente me inquieta es que el Esquirt casi se acaba y el calor apenas metió segunda.

Acapulco emprende una loca carrera hacia el verano mientras yo estoy encerrado en este gallinero mal llamado oficina. Llegué aquí hace tres años y el hartazgo empieza a oxidarme. No conozco un burócrata pleno. Todos están fastidiados, anclados a una esperanza para salir de aquí. Y la esperanza es el opio del que espera.

Pero esta mañana todo va a cambiar.

Mientras aguardo la hora del almuerzo, entra a la oficina una persona que conozco como mi nariz. Es Jacinto, mi primo, quien desde muy joven se fue a Estados Unidos y a quien no veo desde hace 10 años.

—¡Toto! ¡Primazo! —me grita desde el pasillo.

Todos los demás me apuntan con la mirada y yo quisiera ser invisible. Nadie me conoce por ese ridículo apodo familiar. Desde que llegué aquí, en el gallinero todos intentaron decirme «licenciado», pero yo no iba a permitir que me llamaran así, de modo que a punta de corregir y corregir a esta maldita gente, logré que me llamaran por lo que soy: agente. Aceptaron o se acostumbraron, aunque algunos me dicen *agente* en tono de burla.

Le hago señas a Jacinto para que se calle y no me ponga en vergüenza.

—Pero cómo me voy a callar, Toto, si me da harto gusto verte. —Dice eufórico, mientras me abraza con fuerza. Al mismo tiempo, me aprieta contra su barriga. Veo que varios intentan amarrar una risa culera.

Casi lo jalo del brazo para llevármelo de ahí.

II

Tomamos asiento en una marisquería aledaña al gallinero. Como supongo que mi pariente estará harto de hamburguesas y hot dogs, lo llevo a comer ceviche, caldo rompecatres y jugo de erizo. Mientras esperamos la orden, le digo en tono medio mamón:

—Fte da un chingo de gusto verde, primazo, pero por favor te voy a pedir que no me llames Toto en la oficina. No es lo correcto.

—Oh, sí, Toto... perdón... primo. Es la costumbre.

—Entiendo, primazo, pero debes tomar en cuenta que tengo que cuidar mi reputación.

—Claro, claro. Pedro. Entiendo. Tú eres un agente, no un burócrata.

Aclarado el asunto, platicamos del pasado y del presente. fte cuenta de su estancia en Estados Unidos y su trabajo en una empresa de recolección de basura por suburbios de clase media. Justo abordamos ese tema cuando noto un brillo peligroso en su mirada.

—Precisamente de eso quiero hablarte, Pedro. Encontré algo en la basura que te va a interesar.

De su mochila saca un libreta vieja y un videocasete.

—¿Y eso qué chingados es, primazo?

—No me lo vas a creer. Ni te imaginas. Es la libreta de apuntes de Rosalino Sánchez Félix, mejor conocido como Chalino Sánchez.

—¿De Chalino? ¿Estás seguro?

—ftíralo tú mismo. En el videotape hay unas grabaciones de un Chalino que pocos conocen.

—¿Pocos conocen? ¿Es porno o qué?

—Oh, no, no, primazo. Hay escenas de la vida diaria de Chalino, cosas que nadie ha visto.

Jacinto y yo crecimos con las canciones de Chalino, como todos los adolescentes de clase baja durante los 90. Su ascenso a la fama fue un auténtico fenómeno. De la noche a la mañana todo mundo cantaba sus canciones e imitaba su disparatejo modo de cantar. Incluso ahora, son docenas de cantantes que copian su estilo.

—Hasta aquí está interesante el asunto, pero, ¿qué tengo que ver yo aquí?

—Que en la libreta escribe poemas Chalino. Tal vez eso aclare su muerte. Y como tú eres investigador, pensé que podría interesarte.

—¿Chalino escribía poemas? Jamás lo habría imaginado.

—Por eso acudí contigo.

—...

III

Lo primero que hacemos al salir del trabajo es ir a mi casa y ver el videotape. Jacinto va conmigo. Pido prestada una videocasetera a la vecina y nos sentamos en un par de sillones tejidos típicos de este sur, para evadir el calor de una salita que en el altiplano sería un paraíso. Un Esquirt acompaña ese momento. fti primo destapa una cerveza, como buen mojarra, en piso mexicano.

Espero ver a Chalino con sombrero, con pistola a la cintura y manejando camionetas. Perono.

La cámara empieza a grabar una escena dentro de lo que parece un estudio de grabación.

—Ese estudio está en Los Ángeles —me cuenta Jacinto—. Cada martes recogía la basura de todo el edificio. Ahí encontré esta libreta dentro de una maleta de cuero.

Vemos la pantalla. Hay un Chalino inusual: bermuda floreada, tenis Nike, playera sin mangas y lentes oscuros. Bebe una Diet Coke y hojea un libro amarillento con una mancha en la esquina superior derecha. Con letras rojas se ve: *Romancero gitano*, de Federico García Lorca.

—Qué pedo, ¿ese libro qué? —le digo a mi primo.

—Lo mismo pensé yo —responde. Luego eructa.

Estoy desconcertado. No entiendo nada. Chalino Sánchez es algo asociado con la pobreza y la delincuencia. fti ídolo de juventud, convertido en un vil gringo con bermuda, lentes y refresco de dieta. Y lo más misterioso: yo no sé quién diablos es García Lorca, pero sí sé que no es normal que Chalino aparezca con un libro. Y cuando algo se sale de la normalidad, entonces hay algo oculto. Eso activa mi espíritu metiche. ftas en esta ocasión necesito ayuda.

ftarco el teléfono de Diego Chismes.

—Para qué soy bueno, mi querido Pedro *Chicharrón* Valencia.

—Traigo algo que quiero contarte. Te veo donde siempre, a las 10.

Tres horas después, Jacinto queda deslumbrado con El Corsario Gris. Es un bar de quinta, pero con vista al mar. Techo de teja y bancos de parota. Pido un Esquirt y una Victoria para él. Diego llega puntual y ordena un vodka con clamato.

—Qué me tienes, Pedro.

—Quiero que me ayudes a establecer una relación entre Chalino Sánchez y un tal Federico García Lorca.

Diego se atraganta. Tose unos instantes. Cuando sus ojos parecen volver a sus cuencas, responde:

—Lorca era poeta. ¿Quiere decir que debo hacer una relación entre Chalino Sánchez y la poesía? Vaya... Hace tiempo que no me sorprendía tanto.

IV

Al otro día me reporto enfermo, no iré al gallinero. Ninguno de mis jefes debe saber que ya volvía las andadas detectivescas. Pero el espíritu metiche se me ha llenado de dudas y contra eso sólo hay solución: salir a olfatear.

Diego pasa por nosotros para ir a la Universidad de Acapulco. En su auto, hay varios botes de clamato vacíos. Uno recién abierto me confirma que Chismes es el más intenso consumidor de clamato que yo conozco. El calor de las 10 de la mañana nos ralea la espalda.

Jamás había entrado a la Universidad. Las jardineras están bien cuidadas. Los edificios recién pintados. Los muchachos caminan, sonríen y relajean. El barullo es intenso, pero con cierto orden. Por su cercanía, el aroma del mar es fuerte. La Universidad es una burbuja con vista a la playa donde el estudiante se prepara para la vida. Nada más equivocado. En sus patios no hay injusticia, sus edificios ocultan la pobreza de la ciudad, sus estudiantes se creen dueños del mundo, pero cuando egresen la vida los recibirá a patadas.

Diego Chismes nos lleva por un pasillo amplio. Nos encontramos con jóvenes con las pintas más extrañas: los recién planchados, los punketos, los riquillos y, por supuesto, las mujeres

más simpáticas que he visto en varias semanas. Jacinto no puede evitar voltear a ver sus firmes traseros. A mí me llama la atención una mujer de tacones altos, falda a la rodilla y una ligera blusa de manga larga con un anzuelo en el escote. Lo que hay debajo de la blusa se nota inmenso, suave y perfecto. Siempre he sido un hombre de tetas; por lo tanto, de inmediato caigo en la trampa. Luego de seguirla con la mirada, la pierdo de vista entre tanta gente. Después enfilamos hacia la caseta de información.

Subimos hasta un tercer piso de un edificio con aire acondicionado. Según Diego, el profesor Ortiz, de la Facultad de Letras, nos puede ayudar a trazar una línea entre Chalino y la poesía. Según Chismes, el catedrático es un amplio conocedor del tema poético (sólo nombrar esa palabra me provoca una sensación extraña, como jabonosa) y también ha cursado varios posgrados sobre cultura popular en el extranjero. No sé si eso sea bueno o malo, pero si lo dice Diego debe servir de algo.

Entramos a un cubículo donde nos recibe una recepcionista que he visto antes: es la de la blusa con una trampa en el escote. Sin querer evitarlo, le miro las tetas otra vez.

Casi olvido el motivo de nuestra visita.

La trampera nos saluda. Diego le informa el motivo de nuestra presencia. Ella se levanta de la silla y nos pasa por una puerta de madera. Un hombre de pelo alborotado, semicalvo, gruesos lentes y barba de piocha en el mentón, nos saluda con la misma emoción con la que saluda a su lavabo.

—Profesor Ortiz, éstas son las personas de quienes le hablé —tercia Diego, para empezar.

—¿Traen el material? —indaga Ortiz. No me sorprende lo comunicativo que haya sido Chismes, pero sí me asombra la curiosidad del catedrático.

Sacamos la libreta y el video. Los toma con ansia. Abre la libreta y la hojea. Casi al mismo tiempo, comienza una perorata:

—Pocos saben que Chalino Sánchez fue alumno de la Facultad de Humanidades de la UNAM. Fue aceptado en el ciclo escolar 1982-1983 en la carrera de letras y su número de matrícula era 86772465 —dice Ortiz, sin despegar la vista de los apuntes.

—¿Chalino universitario? La idea no cabe en mi mente. No sé si sentirme orgulloso o desilusionado. Siempre creí que su ascenso al éxito era una prueba de que los milagros existen. Ahora me niego a creer que su talento se haya logrado gracias a una escuela.

—¿Eso dice en la libreta, profesor? —pregunto.

—No. Eso lo digo yo.

Este volteo a ver fijamente para recalcarme su autoridad académica. Luego cierra la libreta y avanza hacia uno de sus libreros. Saca un tomo de pastas verde oscuro, lo hojea y busca en una de sus páginas hasta que llega a la 166. Ahí está una credencial.

—Fíre.

Tomo el documento y, en efecto, ahí está, una credencial de la UNAM en la que se ve un Chalino jovencísimo y de pelo descompuesto. Ortiz continúa su cantaleta:

—Era un poeta nato. Pero como estudiante fue irregular. Tenía un plan que lo obsesionaba: llevar la poesía a las masas. No quería ser un poeta de elegantes recintos, de círculos reducidos. No. Él tenía ansias de devolver la poesía a la gente del camión, a la que camina hacia el trabajo, a la que abre su puesto en el mercado. Como la mafia literaria está en contra de regresarle la poesía al pueblo, se dio cuenta que no lo iba a lograr mediante un libro. Fue entonces cuando pensó en crear la figura del Pela Vacas, un poeta de la calle, de un cantante, pues.

De vez en vez miro a Jacinto. Una sonrisa se bosqueja en su rostro.

El profesor dice que Sánchez se dio de baja en la UNAM a finales de junio de 1984 y regresó a su natal Sinaloa, donde pon-

dría en práctica sus planes de construir la figura de un cantante popular, rodeado de misterio, peligro e injusticias.

—No es casualidad que las letras de Chalino Sánchez posean metáforas, aliteraciones o influencias literarias notables. Tampoco es casualidad su éxito y la influencia en los cantantes del género —dice Ortiz. Yo no le entiendo nada de esto último, pero asiento con la cabeza en señal de que no soy tan bruto.

—Entonces ésa es la relación entre Chalino y la poesía —digo en voz alta como para que Jacinto me escuche y demos por terminado este asunto.

—Pero eso no es todo —dice Ortiz—. La poesía fue el detonante de su muerte.

—¿Cómo? Pero si a Chalino lo mató la mafia...

—En efecto, la mafia literaria; y la libreta que ustedes trajeron lo confirma.

V

Días más tarde, en El Corsario Gris estamos Diego, Ortiz, Jacinto y yo. Cada uno degusta un trago. Ortiz bebe Coca-Cola de dieta; Jacinto, una cerveza; Chismes, clamato y cerveza. Yo le hago los honores a otro Esquirt.

Desde que hablamos en la Universidad, Ortiz se llevó la libreta de apuntes y el video de Chalino. Los ha revisado a conciencia y ha traído sus conclusiones.

—Primero, quiero agradecer a la vida por haberlos traído a mi camino. Chalino y yo fuimos compañeros y amigos en la UNAM. Incluso, ya cuando se hizo famoso, lo fui a visitar varias veces a Estados Unidos. Yo grabé el video que ustedes encontraron y lo creía perdido para siempre. El libro de García Lorca con el que sale en el video es éste.—Saca de su portafolio *Romancero gitano*, un libro amarillento con una mancha en la esquina supe-

rior derecha—. Es una primera edición de 1931— dice—. En aquella ocasión se la presumí, porque a Chalino le gustaba mucho Lorca.

Nos cuenta que en ese último viaje afinaban detalles de lo que sería su primer libro de poemas. Lo habían trabajado durante varios meses y ahora estaban a punto de lanzarlo de manera simultánea en Estados Unidos y México. Junto con su disquera, habían diseñado una gigantesca campaña para mover el libro en todos los puestos de revistas, en todas las misceláneas, en las cantinas y en cualquier sitio donde se reunieran más de cinco personas. Chalino ya era un ídolo. Millones de personas coreaban sus canciones y buscaban sus discos. Todos ellos leerían, sin titubeos, su libro.

—Pero algo pasó. Alguien de la disquera filtró la información y Chalino comenzó a recibir amenazas de muerte. En un principio se pensó que se trataba de narcotraficantes enojados. Pero eso no tenía sustento: todos los personajes de sus corridos son ficticios, muy acordes con su formación literaria. Además, los capos de esa época lo estimaban mucho por elevar la vida sierreña en la escala social. Esa última vez que nos vimos, Chalino me confesó que sospechaba del canon.

—¿Del qué? —pregunta Jacinto.

—Canon. Tradición. La mafia literaria. Los que deciden qué se escribe y qué no se escribe.

—¿Cómo? ¿Una bola de escritores sospechosos de asesinato? ¿Y entonces, no lo secuestraron y tiraron después el cadáver?

—Sí, pero yo tengo la sospecha, y también Chalino la tenía, de que el canon estaba tras él. Hay gente muy poderosa y desalmada a la que no le interesa que se cambie la manera de escribir poesía.

—¿Por qué?

—Porque ellos desean que la poesía se quede en las cúpulas, que sea un privilegio de clases altas.

—¿Y para qué le serviría la poesía a la raza?

—Para devolverles la capacidad de sentir.

fte quedo consternado. No entiendo bien todo esto. De las *Nieves de enero* hemos llegado al canon literario y ahora al homicidio de un hombre que fue mi ídolo. Es demasiado para un agente castigado en la burocracia. Le doy un trago a mi Esquirt.

—Lo que haré será publicar el libro de poemas de Chalino, el cual creía perdido, pero está casi completo en esta libreta de apuntes. Lo voy a titular como él lo nombró: *Nieves de enero, flores de mayo*. Con la libreta y el video, completo la información que me faltaba para terminar mi libro de ensayo poético sobre Chalino. Con ambos voy a cimbrar al canon mexicano.

Ortiz se ve muy seguro de lo que dice. Jacinto y yo nos volteamos a ver. Parece como si hablara en otro idioma.

VI

Dos días después Diego me despierta antes del amanecer. El teléfono ha sonado antes de que le conteste. El sol aún está agachado detrás de los cerros de la bahía de Acapulco.

—ftataron a Ortiz —me dice preocupado.

La noticia me jala de las greñas.

—No mames. ¿Ortiz? ¿Cuándo?

—Parece que ocurrió durante la madrugada. Alguien se metió a su casa y le dieron dos tiros en el pecho. Ninguno de los vecinos escuchó balazos; los detectives suponen que usaron silenciador.

—Entonces no fueron delincuentes cualesquiera.

—No. Porque no robaron nada.

fti espíritu metiche se libera. Aquí hay algo que pretende ofender la memoria de mi ídolo de juventud. Eso no lo voy a permitir, aunque por ahora esté impedido para ejercer como detective.

Voy a la sala donde Jacinto aún duerme. Lo despierto. Su cuerpo huele a cerveza fermentada. El lugar también. Se nota que vio la televisión hasta muy tarde y barrió con toda la despensa de cebada. Le informo de la noticia y abre los ojos entre asombro y modorra.

Lo mando a bañar, mientras le preparo café. Lo necesito lúcido. Saco una pequeña escuadra de bolsillo que guardo en el clóset. Cuando termina, le explico mis planes: irá de incógnito al lugar del crimen y recopilará todas las pruebas que pueda. Yo no puedo ni asomarme por ahí, porque de inmediato mis colegas irán con el chisme a mis jefes, quienes en castigo aumentarán mis años en el gallinero. Y ya no quiero seguir ahí.

Cuando lo bajo del coche, a tres cuadras de la casa de Ortiz, le pido que busque la libreta y el video de Chalino.

fte alza el dedo pulgar en señal de aprobación.

Seis horas más tarde, cuando salgo de la oficina y llego a la casa, Jacinto ya está ahí. Bebe una cerveza.

—Primazo, ¿qué, nunca tomas agua?

—Por qué tendría que beber agua, si existe cerveza.

Su afirmación tiene sentido. Pero yo no me puedo dar el lujo de beber cerveza a ese ritmo. fti hígado ya no está para eso. Lo dijo el doctor y con ellos no se discute.

Jacinto comienza a contarme:

—Ortiz salió ayer a las 7 de la noche de su última clase. Todavía estuvo una hora en una reunión de profesores. De ahí, cada uno se subió a su coche, como lo hacen a diario, por eso nadie pudo notar algo raro. Una vecina lo vio llegar a las 9 de la noche. Dice que a esa hora siempre llegaba y lo hacía de la mis-

ma forma: apagaba su coche y dejaba los faros prendidos. Abría el portón de su casa y luego lo estacionaba el garaje. ftnutos después salía con una bolsa de basura y la dejaba en el bote de la esquina. Todas las noches era lo mismo. Por eso sus vecinos no notaron nada raro. Vive en una colonia tranquila de clase media alta, donde la delincuencia común no es frecuente, debido a que está medianamente vigilada.

Jacinto interrumpe el informe, le da un trago a la cerveza y continúa:

—Entré a la casa. Vivía solo. No es una vivienda común, es como si una biblioteca habitara ahí dentro. Hay libros por todos lados. En el baño, en la cocina o en el patio. No había nada en desorden. Las chapas no fueron forzadas. Pero no encontré la libreta ni el video. Creo que los responsables del crimen iban por eso.

fti alma metiche tenía razón. Algo no está bien con el caso. Jacinto termina su cerveza, camina hacia su mochila y saca un paquete de hojas, que en realidad son copias fotostáticas.

—¿Y esto qué es? Pregunto.

—Son copias fotostáticas de la libreta de Chalino.

Jacinto tiene madera. Si no se hubiera ido de mojado, habríamos hecho buena mancuerna.

VII

fte arreglo más de lo normal antes de salir. El sol aún no se oculta y puede que llegue a la Universidad antes de que anochezca. Lo consigo luego de atravesar Acapulco en hora pico. Cuando abro la puerta del cubículo, la mujer de la emboscada en el escote me recibe con cara de susto.

—Necesito hablar con usted. Pero no aquí. Es sobre Ortiz —le digo.

Unos 35 minutos después caminamos por el Parque Papagayo. Le cuento todo lo que he investigado de Ortiz. Ella me mira con cara de lástima. Se le nota la tristeza hasta en las tetas.

—El profesor Ortiz estaba muy contento con lo que ustedes le mostraron. Dijo que con la publicación de su libro, la literatura mexicana no sería la misma. Estaba con las últimas correcciones.

Trato de seguir su voz, pero mi imaginación está en el gran cañón que forma su escote.

—¿Y lo terminó?

—Sí, yo tengo una copia. Creo que el original lo iba a llevar al Fondo Editorial.

—¿El Fondo Editorial es donde hacen los libros?

—Reciben manuscritos. Los dictaminan y los publican. Sí. Ahí los hacen.

—¿Tú qué sabes del tema de Chalino?

—El profesor Ortiz comenzó a hablar de este proyecto desde que yo entré como asistente, hace diez años. Estaba seguro que revolucionaría el escenario literario con su investigación: que Chalino era poeta. Comprobamos notorias influencias de Díaz ftirón, ftanuel ft. Ponce o Nájera (yo alzo las cejas en señal de que no sé quién diablos son esos señores). Siempre decía que cuando encontrara el libro de Chalino le daría la revancha a la literatura...

—¿A qué se refería con revancha?

—A que le reconocieran su trabajo.

—Ah. Y qué más.

—El profesor siempre echaba de menos la libreta de Chalino. Decía que era imprescindible para probar la autoría de los poemas y para sustentar su investigación.

—Si voy al Fondo Editorial, ¿con quién debo dirigirme?

—Con Krosnager. Gustavo Ignacio Krosnager.

Nos despedimos con la promesa de vernos de nuevo.

Al día siguiente llego a la oficina de Krosnager. Me presento ante la secretaria como asistente de investigación del profesor Ortiz. La mujer me observa de arriba abajo. Los consejos de Jacinto para vestirme de ese modo surten efecto.

—Tome asiento, por favor, enseguida lo atiende el señor Krosnager.

Me hundo en un mullido sillón blanquísimo de piel. Al frente hay una mesita de centro con tres revistas perfectamente acomodadas. Su nombre es insípido como una bolsa de plástico: *Viraje*. Vaya, pienso, esto es como en la peluquería: lees mientras esperas. Abro una revista y me desconcierta que no haya fotografías. Casi pura letra. Aunque los títulos son en español, no los entiendo: «*Frustración, concesión y limitación en la visión*». Luego avanzo con las primeras líneas: «*El propósito del presente ensayo es tratar de mostrar la insuficiencia de un enfoque teórico como el de la dependencia cuando ignoran algunos aspectos concretos que se dan en el ámbito político. Ignorar esos aspectos puede invalidar el análisis general*». Es inútil. No entiendo nada. La aviento sobre la mesa.

Suena el teléfono de la secretaria. Lo contesta, al tiempo que me dirige la mirada. Cuelga y me avisa:

—El señor Krosnager tendrá en breve un asunto muy importante. Pero lo atenderá rápidamente unos minutos. Adelante.

Se levanta y me levanto. Le sigo los pasos por unos pasillos amplios, limpios y llenos de cuadros con pinturas de colores apagados y formas incomprensibles. Llegamos ante una gran puerta blanca, la abre y con una ademán elegantino me deja pasar.

Lo que veo es un lujoso escritorio detrás del cual se esconde un hombre pelón, viejo y de cara maltrecha. Toda la habitación está llena de libros acomodados por color. Del azul van hacia el verde y de ahí al amarillo. El señor Krosnager ni siquiera volteó

a verme, toma documentos, los observa y luego firma. Junto a él, hay un montón de libros que al parecer lee en ese momento o desde hace varios años.

—Señor Valencia. No me suena su nombre, pero lo atiendo por ser asistente del profesor Ortiz, que en paz descance. Dígame por qué está aquí.

Decido ir al grano.

—Fte gustaría saber si usted puede decirme cuál es la relación entre Chalino Sánchez y la poesía.

De inmediato alza la vista y me abofetea con sus ojos verdes. Su rostro pálido ha enrojecido. Carraspea y dice:

—Veo que usted sí es asistente del loco de Ortiz. La relación entre la poesía y la música de barriada no existe. Nunca ha existido. Pero Ortiz defendió su postura durante toda su vida. Él juraba que tenía en su poder un libro de poemas de ese cantante, poemas bastante malos, pero no había nada que confirmara al autor.

—Y si le dijera que yo tengo esa prueba, ¿lo publicaría?

—No en este instituto. Además, no tenemos el manuscrito original.

—Pero si Ortiz trajo el libro de Chalino.

—Fte temo que no. Nunca trajo nada.

—Entonces, ¿usted no lo tiene?

—No sé ni cómo se llama.

—Se llama *Nieves de enero, flores de mayo...*

—Vaya. Un mal título. ¿A qué prueba se refiere?

—A la libreta de apuntes de Chalino Sánchez, donde hay varios de sus poemas escritos con su puño y letra.

—No creerá usted que voy a tragarme ese cuento. Una libreta no prueba que el cantante sea el autor de los poemas. Y aunque la tenga, no hay manuscrito, y así no puede haber libro. Ahora,

si me permite, debo terminar esta conversación porque voy de salida.

Saco la pistola y le apunto.

—Le voy a creer, pero si después me entero que sí recibió el libro, volveré con dos balas reservadas para usted.

—.... Le... juro... que no lo tengo... se lo juro... lo juro...

Por el miedo en su ojos, creo que dice la verdad. Un golpe me pega de lleno en la nuca. Necesito un Esquirt, pienso antes de caer al suelo.

VIII

Despierto en un salón a media luz. Parece una iglesia o un convento. Hay figuras religiosas en nichos. No identifico ninguna, pero casi todos llevan una cruz entre las manos. No hay muebles, ni sillas, pero sí mucha humedad. Sólo el salón amplio y yo, atado a una silla. Una luz se enciende justo encima de mí. Sudo como pez recién salido del agua. Oigo pasos.

—Así que usted es el señor Valencia. Pedro Chicharrón Valencia, a quien tuvimos el gusto de conocer con su investigación que descubrió la red de corrupción entre traficantes y nuestro amigo el gobernador. Nos alegra volverlo a ver.

No sé quién diablos habla, pero él sí sabe quién soy. No logro distinguirle la cara por la poca luz. Hay más gente a sus espaldas.

—No queremos problemas. Sólo queremos que nos entregue la libreta del señor Sánchez Félix.

—¿De Chalino Sánchez?

—De Rosalino Sánchez Félix. Sólo a mis amigos les digo apodos y ese señor nunca estaría entre ellos.

—No sé de qué me habla.

fte suelta un latigazo en la cara. Inmediatamente que el látilgo se aparta de mi piel, deja un rastro de fuego que me arde hasta el orgullo.

—¡Tráiganla! —grita.

Se escuchan más pasos y un llanto agotado. Otra luz se enciende. Es la asistente de Ortiz. No tiene blusa ni sostén y confirmo todo lo que me imaginé: sus tetas son hermosas.

El chiflido del látilgo inunda el aire y cae en la espalda de esta mujer, quien grita y se arquea. El segundo ramalazo cae sobre su espalda y alcanza a bordear por su hombro, hasta llegar a su pecho, dejando una horrible marca roja. No permitiré que dañen más ese paisaje.

—Está bien. Se las daré. Ustedes se quieren enriquecer con Chalino.

—Se equivoca, señor Valencia. Un libro como el del señor Sánchez jamás debe ver la luz. La poesía es para seres superiores. Usted no le daría miel a los cerdos.

—Entonces Ortiz tenía razón. Ustedes son los cerdos. Ustedes mataron a Chalino.

—No íbamos a permitir que el señor Sánchez cometiera un sacrilegio poético, no visto desde Juana de Asbaje.

—Pinches locos —murmuro.

—Locos no. Somos guardianes de la palabra. Defensores de la metáfora. Y el señor Sánchez planeaba una ofensa imperdonable. ftenos mal que el clima del narcotráfico ayudó a su ocultar nuestra operación. Después de veintidós, años nadie imagina que murió por ser poeta.

—Pero ustedes no podrán ocultarlo. Chalino era poeta. Era un conocedor de Lorca, seguro que más que ustedes —dice la asistente de las tetas heridas.

Un latigazo resuena en su espalda y yo lo siento en la mía.

En eso, una lluvia de lámparas inunda la escena. Un voz conocida grita:

—Todos al piso, señores, Unidad de Fuerzas Especiales.

¿Unidad de Fuerzas Especiales? Yo la creía un mito entre agentes. Se supone que es un grupo de elite de la policía investigadora. Funciona a nivel nacional y nadie sabe cómo opera. Hasta hoy, yo nunca los había visto. Quien los dirige es Jacinto.

—Justo a tiempo, Toto, digo, primazo. Justo a tiempo.

IX

Ha pasado una semana. He leído, con la ayuda de Chismes, los apuntes de Chalino. Hay descripciones, frases (Diego dice que se llaman versos) y poemas. En una página leo: «Suerte tirana, por qué me agobias, en dónde te hallas, muerte, dónde estás».

Los últimos apuntes son del 12 de mayo de 1992, cuatro días antes de que lo mataran. En uno ellos menciona lo feliz que se siente de ir a Sinaloa y remata con una frase: «Rinconcito que en el alma adoro/ que del cielo ha venido a caer».

El 15 de mayo ofreció su único concierto en México, en el Salón Bugambilia, en Culiacán. Al día siguiente, cuando se trasladaba a bordo de una camioneta Suburban fue interceptado por personas vestidas de policías. Horas después, el cuerpo de Chalino fue descubierto al lado de una carretera con dos balazos en la nuca. Todo eso ya lo sé.

Lo que me intriga es por qué su último apunte dice: «¿Y si Chalino no es Chalino?».

En eso suena mi teléfono celular. Es Jacinto.

—Primazo, ya todo quedó descubierto. Yapescamos a varios del canon. No a todos, porque los de arriba siempre logran subir más para ocultarse. Entre todas las investigaciones que hemos

hecho, ha surgido una nueva teoría: que al que mataron hace 22 años no era Chalino, sino su doble. Chalino tenía un pequeño tatuaje en el tobillo y algunos afirman que el cadáver encontrado no lo tenía. Por si fuera poco, alguien se encargó de borrar su expediente en la morgue, de modo que no hay manera de cotejar. Obvio, nada de esto está confirmado, pero, ¿te imaginas si fuera cierto?, ¿dónde estará?

Pienso en lo que acabo de leer, pero no digo nada. Uno no puede destruir así como así a sus ídolos, porque si los desmoronas, harás lo mismo con tu alma.

—Gracias por todo, Pedro. ftuy pronto te van a liberar del gallinero y volverás a la calle, donde debes estar.

Esa noticia sí me pone de buenas. Nos despedimos. La posibilidad de que Chalino esté vivo y de que pronto salga a investigar, me ha dejado de a seis.

Vuelve a sonar mi teléfono. Es la asistente de Ortiz.

—Estoy en el aeropuerto. ¿Podrías venir?

No viajo, vuelo al aeropuerto. Al llegar, la veo con su maleta y sus ojos llorosos.

—En unos minutos volaré a Texas, donde la universidad me ha becado. Desde allá lanzaremos el libro de Chalino, el de Ortiz y el mío. Los tres llevarán un agradecimiento especial para ti, para Jacinto y para Diego.

Tengo una sensación extraña. Como de orgullo, de pena y de nostalgia. No sé qué decir. Sin más, le doy las copias fotostáticas de la libreta de Chalino.

—No quería pedírtelas. Pensé que te gustaría conservarlas.

—Estarán mejor en tus manos.

Nos damos un abrazo largo. La intensidad me permite sentir sus tetas en mi pecho y concluyo que si me diera su vida, yo se la podría dar también, como dice Chalino. Cuando nos sepáramos, mete la mano a su bolso y saca un sobre.

—Toma, es mi dirección, por si decides visitarme.

Se aleja hacia la puerta de la sala de espera. Voltea, me alza el pulgar y me ve fijamente. Con esa mirada me sentencia a vivir.

Al llegar a casa, noto que alguien lanzó un sobre bajo la puerta. Otro sobre, pienso. Éste es grande y de color amarillento. Lo tomo y lo lanzo al sillón de la sala. Son demasiadas emociones para un solo día. Agarro el sobre de la asistente de Ortiz. Al abrirlo, encuentro una foto sin blusa ni sostén. Hay una dirección escrita en la parte de atrás. Creo que caeré en esa emboscada, inevitablemente.

Luego me sigo con el sobre amarillento. Adentro sólo hay una hoja blanca con letra manuscrita que dice:

*Tengo un contrato firmado
desde que vine a este mundo;
no le pusimos la fecha,
por eso es que vivo a gusto.*

CHALINO

La sangre me aletea en las sienes. Chalino vive. La teoría es verdad. Chalino no murió en Culiacán. Tal vez, desde algún lugar del planeta sigue los acontecimientos de su imagen, de su música y, ahora, de su libro. No puedo más. Voy al refrigerador y destapo una cerveza. La bebo de un trago. Releo la carta, miro la foto de esa hermosa emboscada entre las tetas de la asistente. Chalino vive, me digo. Después suelto un eructo.

Nieve de mango

EN AQUEL TIEMPO debía tener unos treinta años, aunque yo me sentía como de cincuenta, porque además de subempleado de periodismo, debía medio año de renta y la casera me apolillaba todas las mañanas. Una cosa bien triste, como de telefilme venezolano. Pero todo cambió una tarde en la que me avisaron que una fundación me había otorgado una beca para escribir un libro de crónicas.

Gracias a una crónica sobre las palomas de campanario que publiqué en *El Sol de Tequisquiapan*, la cual fue muy comentada, conseguí cierto reconocimiento entre el gremio local, entre algunos fanáticos de la preservación animal y uno que otro funcionario de tercera. Fue tan popular que hubo algunos compañeros que me animaron a meterlo al concurso de crónicas de la fundación. El resultado no sé cómo ocurrió, pero lo gané.

De ese modo, tomé la mochila donde guardaba mis pertenencias más valiosas, le dije a mi casera que iba por cigarros a la esquina y me mudé a un pueblito de Acapulco, llamado Barra Vieja.

No es que yo adorara las playas, no. Pero la fundación me había dado dos opciones para irme a vivir: el DF o el pueblito de Acapulco. Lo idóneo era estar lo más lejos de Tequisquiapan y de mi casera. De modo que opté por Acapulco, aunque para eso tuviera que comprar chanclas, bermudas y repelente de mosquitos. Algo que no usaba ni de relajo en mi pueblo de procedencia. Por aquella época, mi sueño de convertirme en cronista había mutado a pesadilla: se trataba de un proxeneta musculoso y

cruel que me golpeaba todo el día. «A ver, pendejo, ¿cuánto has escrito hoy? ¿Qué crónica leíste?». Mi autoestima soportaba todas aquellas humillaciones sin chistar, pues soñaba con escribir a cuatro manos con Juan Villoro o Alejandro Almazán. Una cosa bien guajira.

Quien me recibió en Acapulco fue el calor. Una temperatura ideal para derretir cera o soplar vidrio. Pero no para escribir. Eso fue mi primera impresión, junto con varios arroyos de transpiración. Aquí el sudor es un capataz ojete y despiadado, por eso hay que huirle y buscar sombra.

Cuando bajé del taxi que me llevó desde la central de autobuses, pensé que la dirección que le había dado no era la correcta: se trataba de una preciosa casa de madera, con porche al frente. Aunque era pequeña, sus dos pisos la volvían gigante, comparada con el cuartucho que rentaba en mi ciudad.

En cambio, este chaletito era un encanto. Incluso, a pesar de la gran puerta principal custodiada por dos faroles de lo más pinche ridículo y a pesar de que hasta el aire se sentía salado.

Mi nombre estaba pegado en la puerta junto con un sobre color mostaza. Lo abrí. Se trataba de un texto de bienvenida y algunos requisitos que debía cumplir con la fundación. Uno de ellos era: «Se prohíbe terminantemente al becario comerse los mangos». Por un momento creí que se trataba de un guiño críptico, pero cuando recorrió toda la casa, descubrí el amplio patio trasero donde brillaban catorce árboles de mango cargados de maravillosos frutos; caí en cuenta que aquello era un trampa para perder la beca. Nunca jamás he visto mangos tan hermosos: eran enormes y jugosos (lo supe después, cuando perdí la beca). Y no creo que haya escritor, licenciado, médico o ser humano que hubiese podido resistirse.

Me eché otro rato más pensando en cuál habría sido el requisito de la fundación, de haberme ido al DF: «Se prohíbe termi-

nantemente al becario comer tacos», leería, mientras el olor de catorce taquerías vecinas me cercenara la nariz.

Entré a la casa y, para mi fortuna, había aire acondicionado. Los muebles eran nuevos, sencillos pero elegantes. Casi todo era madera de ciprés (yo no lo sabía, obviamente, pero en el texto de bienvenida me lo explicaban). Había una salita super cómoda. En la parte de arriba, la recámara y un gran ventanal que daba a una preciosa terraza, desde donde se veía, a lo lejos, el mar, me instalé y no habría despertado ni aunque ftadonna me llevara serenata.

Al día siguiente, mientras preparaba café en una bien surtida cocineta, tocaron la puerta. Abrí. Era una señora morena que se presentó como enviada de la fundación para ayudarme con los quehaceres y prepararme la comida. Agradecí al destino por aquel gesto que yo no había tomado en cuenta y pensé en la cara de mi casera al descubrir que no había llegado a dormir.

—La fundación desea que usted no se distraiga —dijo doña Chayo, mientras almorzaba arroz, pescado frito, frijoles y jugo de toronja.

En ese momento sentí que me estaba convirtiendo en un cronista de verdad. Pronto llegaría mi primer pago y, con él, la posibilidad de salir de la semipobreza en la que me tenía sumido el periodismo ranchero. Incluso, la posibilidad de invitar a comer a Diego Enrique Osorno no sonaba tan disparatada. Podría invitarle una botella de vino y platicar sobre la obra de Jon Lee Anderson.

Pero otro tema de conversación me movió el tapete:

—Joven, ¿no escuchó nada en la noche? —me dijo, temerosa, doña Chayo.

—¿Escuchar qué?

—Pues, cosas, pues.

—¿Cosas? ¿Qué cosas?

—ftmm, pues. Olvídelo, joven.

—No, doña Chayo, dígame qué pasa. —Lo primero que me vino a la mente era la imagen de mi casera afuera de la puerta, alumbrada por los faroles ridículos, exigiendo lo de la renta. El hambre se me fue.

Doña Chayo puso cara de «*Chin-para-qué-abrí-mi-bocota*» y habló:

—ftire, joven. A mí no me crea, pues. Pero dicen que en esta casa espantan.

El hambre me regresó de súbito. ¿Espantos? Conque eso era, pensé. Le dije a doña Chayo que yo no creía en espectros, ni vianas paranormales, incluso le recordé que como cronista profesional, la ética me impedía dar por ciertos rumores infundados. Sobre todo, rumores de un tema bastante cuestionable. Ya no me acuerdo si también le recité algunas frases de Kapuscinski, pero sí recuerdo su cara de burla cuando me respondió:

—Bueno, joven. Pues allá usted.

Un mes después, ya no recordaba aquel episodio. Recibí mi primer remesa de la fundación, me compré algunos libros y varias botellas de vino. Obvio, ni siquiera pasó por mi mente pagarle a mi casera.

Envié algunos textos a la fundación y recibí comentarios muy positivos. Los tutores me animaron a seguir y auguraron un futuro exitoso. fti camino a la fama se achicaba.

Hice amistad con los que habitaban las cabañas vecinas. Resultaron ser becarios de otras fundaciones para los más extraños proyectos. Había un tipo que obtuvo una beca para fotografiar animales muertos junto a la carretera. fte mostró una asquerosa colección de imágenes de caballos, vacas, tortugas, gatos y lagartijas atropelladas. También conocí a una chica que su proyecto consistía en hacer música con el sonido de gotas de

agua. Seguramente, para ellos mi libro de crónicas viajeras era una tomada de pelo, pues ni siquiera conocían a Juan Villoro.

Sin embargo, solíamos reunirnos algunas noches en la playa cercana, donde encendíamos fogatas, bebíamos y conversábamos.

Una noche que regresé a casa, luego de tararear melodías hechas con gotitas de agua y varios litros de vino, sonó el teléfono. Yo ni siquiera me había dado cuenta de que en aquella casa de madera había teléfono. Contesté y de inmediato la reconocí: era mi casera.

—Buenas noches, ¿sería usted tan amable de comunicarme con el licenciado Diego D. ffontesco?

Evidentemente ella no había conocido mi voz, trastocada por la bebida y el clima de Acapulco. Decidí jugarme el todo por el todo.

—No sería ninguna molestia, apreciable señorita —yo sabía que era madre de tres aborrecibles chamacos, pero adoraba que le dijeran señorita—, pero lamento informarle que marcó al número equivocado.

—Qué equivocado ni qué la chingada, ¿cuándo me vas a pagar, Diego? ¿Cuándo?

La convencí que me había ido becado a Acapulco (aunque después recapacité: ¿quién puede creerte que vas a Acapulco a trabajar?), no para siempre y que con la primera remesa le depositaría lo de la renta. También le dije que le pagaría por adelantado varios meses, lo cual le bajó el coraje. Al final, me despedí con un «**buenas noches**» y un «**cuídese mucho**» que en realidad llevaban intrínseco: «**váyase mucho a chingar a su madre, pinche vieja culera, hija de perra**». Seguro ella hizo lo mismo.

ftelavé los dientes y terminaba un cigarro, yarecostado en la cama, cuando un ruido en la parte baja de la casa hizo que me incorporara. Al principio no pude notar qué diablos era. Era como un murmullo sordo y gutural. fti mente buscaba entre miles de

figuras qué rostro tendría el responsable de aquel horrible sonido. Primero pensé en ratas, tlacuaches o murciélagos. Luego recordé las palabras de mi casera y el pellejo se me aguadó. Pensé en seres de ultratumba, muertos vivientes y almas en pena. En eso volví a escucharlo, pero esta vez con más fuerza. Era como un rugido sordo, como el grito encerrado de una bestia. Presa de miedo, me levanté en la cama y tapé mis oídos con la almohada. Temblaba como gargajo, con la nuca erizada y los ojos abiertos, casi sin parpadear. Así permanecí casi toda la noche: en vela y con el miedo arañándome el rostro. Aquel ser horrendo nunca se apersonó en mi cuarto, pero rugía y rugía y a ratos hacía como gárgaras. Casi al amanecer, el ruido se aplacó.

No salí del cuarto hasta que escuché llegar a doña Chayo.

Cuando acabé de contarle mi calvario, la señora, comprensiva, me dio una explicación:

—Estos terrenos eran de una familia de campesinos filipinos. Había un cacique que estaba obsesionado con sus tierras. Las quería a como diera lugar. Pero los filipinos no tenían planes de venderlos: era tierra fértil que, junto con sus ganas de trabajar, lograban cosechas enormes de café, maíz, frijol. Carcomido por la envidia, el cacique llegó un día junto con sus peones y mató a toda la familia, que era de catorce integrantes. Con los años, crecieron catorce árboles de mango; se dice que son las almas de aquella pobre gente. Por eso se dice que en este lugar espantan.

Cuando acabé de escuchar la historia, pensé en regresar a casa y lidiar con la odiosa de mi casera, en vez de soportar los espectros de catorce campesinos filipinos (entonces entendí por qué los sonidos eran inentendibles: eran fantasmas extranjeros). Pero luego salió a relucir mi orgullo: ¿cómo iba a regresar derrotado, yo, la joven promesa de la crónica? ¿Juan Villoro accedería a prologar mi libro, sabiendo que había huido de una casa embrujada?

Decidí quedarme.

Los sonidos de ultratumba no eran frecuentes. Pasaban días o hasta semanas sin que se manifestaran. fte acostumbré a su compañía. Incluso, descubrí que los sonidos provenían de debajo de la casa. Iban y venían. Como almas aprisionadas.

Quedé petrificado al investigar que en Filipinas hay más de 150 idiomas y que identificar algunos sonidos me llevaría dos vidas y media. fte fui a internet, donde una noche, luego de varias horas de escuchar los ruidos y subirlos a una plataforma traductora, descifré una frase: «*kumain ng mangga*», es decir, «come mangos».

No supe si era advertencia, sentencia o hechizo, pero lo hice. Empecé a comer mangos. Pero muchos, muchos, mangos. Cortaba canastos de los catorce árboles y me los comía a escondidas de doña Chayo. Los frutos eran una delicia: a la primera mordida, una cascada de jugo escapaba de mi boca y tenía que aspirarla para que no cayera al piso. Desde un principio, para que la fundación no hallara evidencia de mi delito, comencé a tirar los desechos de los mangos por el inodoro, pues supuse que, de tirarlos al cesto, de inmediato se iban a percatar.

Así viví durante dos meses, comiendo mangos, descifrando sonidos de fantasmas filipinos, bebiendo con mis vecinos becarios en la playa y escribiendo mi libro de crónicas. Una gozada.

Pero una mañana, mientras tomaba el café, el cartero hizo sonar su silbato y aventó un sobre por debajo de la puerta. Era una carta de la fundación. fte informaba que una comitiva me haría una visita la siguiente semana para dos cosas:

1. Debido al cumplimiento de los lineamientos con la fundación, procederíamos a la firma de un contrato para publicar el libro con una editorial de gran calado. La fundación tendría los derechos y movería el libro, pero, a cambio, me llevaría a muchas

presentaciones por todo el continente (eso dijeron). Al acabar de leer aquello, alcé los brazos como lo hacía Hugo Sánchez luego de anotar.

2. Junto con la comitiva, iría el mismísimo Juan Villoro, quesque para conversar conmigo sobre la experiencia de escribir crónicas y a partir de aquello, elaborar el prólogo de mi libro. Volvía alzar los brazos luego intenté darme una maroma sobre el sillón de la salita, como lo hacía Hugo Sánchez luego de anotar.

En el último párrafo, la fundación escribió: «Valoramos mucho el cumplimiento que le ha dado a la cláusula de no comerse los mangos». fte quedé petrificado, como si Hugo Sánchez hubiera fallado un penal para definir un partido mundialista. Fui corriendo al patio trasero y vi los catorce árboles de mangos. No había mucha diferencia entre el número de frutos que había encontrado a mi llegada y los que permanecían hasta ese momento. Además, los desechos de cada mango se habían ido por el excusado. Nadie se daría cuenta. Ni doña Chayo, pues, de lo contrario, la fundación ya me habría avisado de la cancelación de la beca. Para evitar problemas, ese día dejé de comer frutos.

fte preparé a conciencia para el encuentro con Villoro y para la firma del contrato. fte vi varios años adelante, viajando por todo el continente en aviones de primera clase, impartiendo conferencias sobre la crónica moderna. En varios escenarios compartiría mesas con mis ídolos y con otros cronistas que envidiaba nomás por ser excelentes. También me vi aventando un cheque con una suma muy superior con mi adeudo con la casera, nomás por el gusto de decirle: «Por las molestias que le ocasioné, quédese con el cambio, pinche vieja ambiciosa».

La noche antes de la fecha pactada, los fantasmas filipinos volvieron con tal intensidad que interrumpí la lectura de una

especie de discurso que preparaba para Villoro y para la fundación. La fuerza del rugido parecía que iba a romper la duela del piso. Volví a perder la confianza que le había tomado a aquellas manifestaciones espirituales. De nuevo sentí miedo. Fue un miedo. Hasta sentía que las tablas se movían, como si un monstruo estuviera a punto de abrirse paso entre la madera, gritando como engendro del infierno.

Intenté descifrar sin éxito algunos de los lamentos. Fue ganaba el terror de saber que finalmente vería a alguno de los espectros de los catorce campesinos con sus ojos de rendija. No sé si fueron los nervios, el espanto o el cansancio, pero no pude más y caí dormido.

Cuando desperté, ya era de día. No se escuchaba ningún ruido de los fantasmas y faltaban menos de cuarenta minutos para la cita con Villoro. En cuanto estuve bien despierto, subí corriendo a la recámara para acicalarme para la cita de mi vida.

Antes de entrar a la regadera, cagué como tifoso, quizás producto del miedo la noche anterior y de los nervios. Cuando bajé la palanca del inodoro, un estruendo como de una explosión se oyó en la parte de abajo. Toda la casa se cimbró y yo caí al suelo, presa del horror. Pensé en los fantasmas, pero luego, un sonido bien conocido comenzó a escucharse en la parte baja del chaletito. Era el sonido del agua.

Bajé corriendo por las escaleras y vi con horror que el piso estaba abierto como un enorme cascarón, de la grieta manaba un borbollón de aguas negras. El olor era aniquilante.

Fue tapé la nariz para no vomitar. Luego, como espectros de ultratumba, de entre el hontanar de mierda y agua puerca, salieron los restos de las decenas de mangos que me había comido. Todo aquello comenzó a inundar la cocina, la sala y escurrió hacia la puerta principal. Antes de que el nivel del agua subiera más, subí por mi mochila y huí. Comprendí que la historia

de los fantasmas era una invención popular para justificar una pésima instalación hidrosanitaria; que la fundación no sólo cancelaría la beca, sino que me obligaría a pagar los desperfectos y, finalmente, que Juan Villoro me odiaría hasta la muerte por darle esa asquerosa bienvenida. También comprendí que nunca sería cronista, que tendría que lidiar con mi casera mucho años más. Comprendí que los mangos y los fantasmas no se mezclan. Volví a Tequisquiapan, donde abrí un expendio de nieves. fti especialidad: la de mango.

Confesiones de un mal corredor

RESPIRO MUY HONDO y me agacho. Aguanto la respiración mientras ato las agujetas. Lo consigo con mucho trabajo. Aunque es algo demasiado cotidiano, para mí es una tarea igual de difícil a la de un astronauta que sale al espacio a reparar la bahía de carga de un transbordador.

De un tiempo para acá, mi abdomen ha crecido bastante. Casi a la par que mi aversión por el deporte.

Nunca fui eficiente en ninguna actividad física. En mi trajeada existencia he practicado taekwando, futbol soccer, futbol americano, basquetbol y, por supuesto, levantamiento de tarro. Quizá sea en este último en el que me he desempeñado mejor. Sin embargo, en ninguno se me extraña. De ninguno fui joven promesa ni estrella consolidada.

Esta alergia deportiva me ha alejado del tópico de la sudoración y la gloria del triunfo. Aunque sin esa alergia, creo que también habría huido de cualquier cancha. No es lo mío. No está en mis genes.

Disfruto, como no tienen idea, mi hamaca, mi baraja y mis cigarros. Puedo pasar horas en ese cómodo columpio practicando trucos con mis cartas españolas. Este fascina encender cigarrillos y luego lanzar volutas de humo al aire. En mi casa ya lo saben, he declarado la hamaca como territorio autónomo. Libre de molestias, de leyes de cualquier tipo y, por supuesto, de invasiones extranjeras.

Por eso me purga que a media siesta vespertina toquen a mi puerta para ofrecerme cacerolas libres de metales tóxicos, bre-

bajes curatodo, guitarras de Paracho hechas en China y tamales de elote transgénico. En un principio, salía a ver quién era el responsable de tan urgente llamado a mi casa, pensando en un aviso importante, y al darme cuenta que eran vendedores les cerraba la puerta en sus pestañas. Ahora es distinto, no le abro la puerta ni aunque llegara Conaculta a ofrecerme una beca para estudiar la calidad de la mota en Uruguay.

Luego de varios años de inactividad, las consecuencias llegaron como vendedores a la puerta de mi casa: indeseables y molestas. Hace poco, el médico me tuvo noticias: debo caminar, mínimo, cuarenta minutos al día. Debo hacerlo ahora para alejar a doña diabetes y a don infarto, cuyas visitas a cualquier casa casi siempre terminan en funeral. Y yo amo mucho mi hamaca, pero amo todavía más ese rosario de congojas que llamamos vida.

Así, contra todo pronóstico (pues nadie me ha visto pisar cancha alguna), con tenis y ropa deportiva (lo cual me daba un aspecto de botarga mal fajada) salí de mi casa con ganas de correr el ultramaratón. fte sentía fuerte. Capaz de arreglar mi salud en dos días. La noticia de mis males había picado mi orgullo y me sentía preparado para correr como el mismísimo Abebe Bikila. fte sentía tan veloz como Usain Bolt y con el aguante de un tarahumara. Pero la realidad fue otra: menos de 300 metros en la pista de la Unidad Deportiva bastaron para poner mis ínfulas olímpicas en su lugar: con la lengua llegándose al pecho y las piernas temblorosas, me tomé mi primer descanso.

Seseaba como cuche correteado. El sudor se me metía en los ojos y en la boca. La respiración se tornó difícil, jalaba aire con la misma fuerza con la que el buzo sale a la superficie luego de 2 minutos bajo el agua sacando ostiones.

Como se imaginrán, incapaz de superar los 800 metros, salí de la Unidad. fti primer día en la pista había terminado.

Cansado y sin ilusiones, pero igual de gordo que siempre, volvía mi casa en taxi y me trepé a la hamaca.

En su libro *De qué hablo cuando hablo de correr*, el japonés Haruki fturakami afirma que «el deporte, practicado desde el placer, puede ser fuente de inspiración para tomar decisiones cotidianas o incluso para contestarse las grandes preguntas de la vida. Al fin y al cabo, correr, como leer o escribir, es una oportunidad para estar solo un buen rato».

No estoy de acuerdo con fturakami, no porque se equivoque, sino porque quizá soy yo el que está mal: el deporte no me da placer. Al practicarlo, no me invade ninguna gloria, ningún espíritu y, menos aún, inspiración alguna. Simplemente sólo me da molestias: me cansa, me hace sudar. Agota mi mente, y en la baraja y el tabaco, la mente debe estar siempre en su punto.

Al segundo día, adolorido y humillado, volví a la Unidad Deportiva dispuesto a vencer hasta al *runaholic* más calado. Había leído que antes de correr hay que calentar 10 minutos. Así que decidí seguir con las reglas. Primero caminé por toda la pista. Alzaba y bajaba los brazos. Pero después de la primera vuelta observé que algunas señoras caminaban más rápido que yo. Aquello era intolerable. Decidí salvar mi honor. Aceleré el paso. La obsesión por no dejarme ganar por aquellas mujeres de anchas caderas y tenis Step Gym me impedía ver a los corredores con cierta práctica. Si yo no los vi, ellos menos. Tal vez me rebasaron con la misma satisfacción que les daría rebasar a un refrigerador.

Total que allí iba, a la zaga de aquellas doñitas, cuando el dolor en mis pantorrillas comenzó a agudizarse. ftis pulmones se llenaban cada vez de menos aire. Las señoras me fueron dejando atrás. Cuando sentí que me llevaban un buen trecho, decidí correr, pero mis pies se fueron haciendo más y más pesados. Veinte segundos después detuve mi loca carrera. Sentía que me asfixia-

ba. Ahí me quedé hasta que me tranquilicé. Entonces recordé una frase de Kilian Jornet en su libro *Correr o morir*: «No es más feliz quien llega primero, sino quien disfruta más de una carrera». No dudo que las señoras hayan disfrutado la carrera, aunque sospecho que siquiera se percataron del estupendo contrincante que fui. De nueva cuenta volví a casa y me trepé a la hamaca. Pero ahora, además de ninguneado, también iba con una lesión.

Decidí que el tercer día tendría que ser el definitivo: o me consolidaba como corredor novato o de plano volvía a la baraja. Sin embargo, recordé los resultados de mis análisis: colesterol alto, triglicéridos altos, glucosa alta. También me acordé de las cifras sobre obesidad en México: según la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), en su último informe, *The State of Food and Agriculture 2013*, somos el país con más gordos en el mundo. Un 70 por ciento de la población mexicana padece sobrepeso y un 32 por ciento, obesidad. Cuatro millones de niños en el país son anchos como yo. La esperanza de vida se reduce quince años entre los gorditos. Y entonces me entró un miedo inmenso.

En su libro *Nacido para correr*, Christopher McDougall sentencia: «Correr reúne nuestros dos impulsos más primarios: el miedo y el placer». De modo que al tercer día, impulsado por un miedal de antología, salí a la Unidad Deportiva a jugarme el todo por el todo. La salud estaba de por medio.

Llegué a la pista de tartán con el ímpetu de un gladiador. Caminé durante diez minutos. No me cansé. Por el contrario, a cada paso mi energía parecía que aumentaba. Entonces empecé a trotar y en unos minutos, me sentí capaz de acelerar. Apreté el paso. Me sentía un guepardo. El aire que chocaba contra mis orejas. La sensación, he de reconocerlo, era placentera. Pero de pronto, un objeto me hizo perder el equilibrio y azoté cuan-

do soy, no sin antes dar dos vueltas sobre el afamado tartán. ftás que mis rodillas peladas y sangrantes, me dolió más la vergüenza de que todos los demás me vieran caer como costal de jícamas.

Decidí huir de esos lugares llenos de sudor y gloria. Iría a mi casa a treparme en mi hamaca, sacar mi baraja y fumar como chacuaco. Esperaría mi destino sin miedo y con gordura digna. Sin embargo, antes de cruzar la salida, con la rodilla brillante de sangre y el orgullo abollado, juré regresar, como Terminator.

Antes de lavar el funderlele

El autor agradece a Juan Carlos Ramírez-Pimienta, Carlos F. Ortiz, David Espino, Iván Farías, Sisi Rodríguez, Alejandro Itendoza, Luis Téllez Tejeda y Jaime Ituñoz Vargas, por su apoyo (in)voluntario para elaborar una de las bolas de este helado triple. Asimismo, desea hacer la aclaración de que ningún animal, planta o ser humano resultó dañado durante el proceso de escritura; que todo lo aquí escrito es ficción y que nos faltan 43 (más otros miles cuyos nombres hemos olvidado).

Índice

- | | |
|----|--------------------------------|
| 7 | El código Chalino |
| 27 | Nieve de mango |
| 37 | Confesiones de un mal corredor |
| 42 | Antes de lavar el funderlele |

